

Con furia inclemente
La su hoja teñir.

Coro:

Corred, mejicanos, etc.

VII.

Juremos, patriotas,
Morir como bravos:
Morir sin que esclavos
Lleguemos á ser.
La muerte es la vida
Del hombre audaz, fuerte,
La vida es la muerte
La patria al perder.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

VIII.

Si un tiempo la tierra
Nos vió divididos,
A todos unidos
Nos llegue á mirar;
Y absorta hoy admire
Que el débil y el fuerte,
Se arroja á la muerte,
La patria á salvar.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

PASO QUINTO.

UN CARCELERO SENSIBLE.

Así pasan por la vida
Una tras otra ilusion.

G. GUTIERREZ.



En una húmeda pieza oscura y fria
Del resto de la casa separada,
Yace una hermosa jóven encerrada
Sola con su mortal melancolía.

Apoyada en la mano su alba frente,
Pálida un poco, que el pesar revela,
Llorando pasa y en continua vela
Los dias y las noches tristemente.

Mas en medio el dolor, de su honda pena,
Y en medio de las lágrimas que vierte,
La virtud en su faz pura se advierte,
Y la quietud del criminal ajena.

Sus bellos ojos, donde brilla el llanto,
Ni un instante la triste los aparta,
De una que besa cariñosa carta
Y cuyas letras calman su quebranto.

Del cuarto en un rincon se encuentra un lecho
Do suele descansar la triste presa,
Y á otro extremo del cuarto hay una mesa,
Que el sitio adornan lúgubre y estrecho.

“¡Oh, Carlos, Carlos!... sin cesar mis lágrimas
Riegan tus letras que dictó el amor,
Pues ellas son en mi prision el bálsamo,
Unico bien en mi crúel dolor.

Cada palabra, cada letra plácida
Un suspiro le arranca al corazon;
Y mil besos y mil mis labios púdicos
Imprimen en cada una con pasion.

¡Oh, Carlos, Carlos!... si á tu Carmen mísera
La miraras sufrir y padecer....
Si la vieras vivir por siempre amándote
Sin gozar un instante de placer....

Si la vieras, ¡oh Carlos! triste y pálida,
Anhelando la muerte como un bien,
Como anhela llegar el pobre náufrago
Al bello puerto que sus ojos ven....

¡Ay! entonces correrias tú solícito
A consolar á esta infeliz mujer,
Y á libertarla de las penas hórridas,
Y de tanta amargura y padecer....

Vinieras á arrancarla de esta lúgubre,
De esta terrible é infernal prision,
Do tu memoria ¡oh Dios! es el bien único
Que consuela su triste corazon....

¡Oh!.... cuantas de dolor horas sin número
Han pasado de ausencia para mí!....
¡Cuántas desde el instante, Carlos, último
En que pasé una noche junto á tí!....

¡Ay! desde entonces las desgracias inferas
Me han perseguido sin tener piedad....
Me han arrancado del hogar pacífico
Donde hoy mi padre vive en ansiedad.

Del lugar de placer do mi Ana célica
Tal vez sucumbe al bárbaro dolor,
De haber perdido á la que fuera su ídolo,
Y á la que siempre la mostró su amor....

Esta es la vida, la ecsistencia tétrica
Que Dios destina á la infeliz mujer....
De penas hondas y dolor un cúmulo....
Ni una ventura... ni un feliz placer....

Baldon, desdichas, por do quiera cécana,
Tiranía do quier, do quier maldad;
Y aun del amor, sí, del amor anjélico
La privan en el mundo sin piedad....

Es una flor, es una rosa cándida
Plantada solo para hacer gozar,
Pero que puede con dolor satánico,
Cualquiera de su pétalo arrancar.

Puesta al capricho en el pensil florífero
Para el primero que la llega á ver,
Que todos gozan de su olor balsámico,
Cuando solo para ella no hay placer....

¡Mujer!.... ¡pobre mujer!.... tu pecho crédulo
No cree del hombre en la maldad crüel,
No crees su faz afable que es la máscara
Bajo la cual oculta un alma infiel....

No crees que oculta un corazon impúdico
Bajo agradable y plácido exterior,
Ni un alma negra por demas y tábida,
Bajo modales propios de un señor....

¡Pobre mujer!... por eso eres la víctima:
Por eso desdichada eres aquí:
Tuyo del mundo siempre es lo mas árido,
Aunque todos un anjel ven en tí.

¡Cárlos, Cárlos!... ¡por qué mi pecho présago
Que temia un terrible y fiero mal,
No te impidió salir ¡oh Dios! de Méjico,
Do quedaba tu Carmen y un rival!....

¿Por que creistes en el sér malévolo
A quien la vida perdonaste aquí?....
¡Oh!... él engañarte supo, que era un pérfido,
Y descargó su furia contra mí....

Contra mí que te adoro fidelísima:
Contra mí que desprecio de él su amor:
Contra mí que en tí piensa mi alma férvida:
Contra mí que le miro con horror!....

Mas ¡ah!.. se engaña, sí: se engaña el bárbaro
Si cree manchar al cabo mi virtud:
No: antes contenta he de bajar al túmulo
Donde descansan en eternal quietud.

El corazon de la mujer rectísimo
No logrará infamar ese hombre vil,
Aunque lo mire ante mis ojos rábido
Amenazar mi vida veces mil.

Hallará en este ser de pecho mórbido,
Que el hombre, débil, llámale en su ardor,
Una constancia do su pasión sórdida
Se estrelle sin lograr jamas su amor.

Sí; y tú, ¡oh mi Dios! que desde el cielo nítido,
Cuidas del triste que padece aquí,
Tú que del sucio me sacaste légamo,
Y criaste una gloria para mí:

Tú que siempre cual padre el mas benévolo
Tienes piedad del mísero mortal,
Tú me defenderás, tú, Sér Altísimo,
Del hombre que me acosa por mi mal.

Yo que siempre al cerrar mis flojos párpados
Cansados en el día de llorar,
Tu nombre invoco como el bien mas óptimo,
Tu consuelo que imploro he de alcanzar.

Mas si en tu alto saber, Padre amantísimo,
Has decretado que yo muera aquí,
Venga la muerte, que será dulcísima,
Si la recibo por tu agrado, sí.

Y allí del cielo en las celestes bóvedas
Al subir á gozar de tu esplendor,
Una mirada de cariño, lánguida
Mandaré al hombre á quien le dí mi amor...

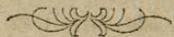
Y esto al decir volvió á besar ternísima
La carta escrita por su amante fiel;

Y vertiendo quedóse llanto ubérrimo
Sobre las letras que escribiera él.



En esto abriéndose
La puerta sólida,
De aquel cuarto húmedo,
Un hombre entró:
Un hombre rústico
De cuerpo atlético,
De vista fúljida
Que á ella miró.

La jóven célica
Alzóse trémula,
Mirando atónita
A un hombre entrar
Mas conociéndole
Volvió del tétano,
Y en calma plácida
Volvió á quedar.



—Señora, duro tormento
Sufro al veros padecer,
Y quisiera no tener



La obligacion de traer
Para vos el alimento.—

Dijo, en la mesa poniendo
La comida que llevaba,
Y á la jóven que lloraba
Con dulce cariño viendo,
Que con su faz contrastaba.

Sorprendióse al escuchar
Carmen á su carcelero
De aquella manera hablar,
Y de un alma noble hallar
Bajo un aspecto tan fiero.

Siempre habia en él notado
Cierta consideracion
Que la habia á ella admirado,
Aunque siempre muy callado
Cumplió con su obligacion.

Era, pues, la vez primera
Que hablar á aquel hombre oia;
Y así que se sorprendiera
Estraño sin duda no era,
Cuando mudo le creia.

—Os agradezco en el alma
Vuestra tierna compasion,

Y siempre, sí, en su oracion,
Por vuestra ventura y calma
Rogará mi corazon.

—¡Ah, señora!... desde el dia
En que llegasteis aquí,
Sentí dentro el alma mia
Un sentimiento que en mí
Era estraño en su porfia.

Tierna al veros é inocente
Y al capricho de otro ser,
Me acordé de la mujer
Que me echó al mundo inclemente
A llorar y á padecer.

Sí: como á vos, le arrancaron
De la casa paternal;
Y en un cuarto la encerraron,
Donde quitarla alcanzaron
Su pureza virjinal.

Y yo soy el fruto inmundo
De aquella accion fementida
Que nunca mi pecho olvida,
Y de vergüenza la vida
Perdió ella al venir yo al mundo.

Por eso en mi pensamiento
 Concebí la noble idea
 De evitaros tal tormento,
 De que otro hombre no se vea
 Cual yo infeliz ni un momento.

Tal vez no fuera un malvado
 Como soy en este instante:
 Tal vez fuera un hombre honrado,
 Si crimen tan degradante
 Vida no me hubiera dado.

—¿Con que me teneis piedad,
 Y hariais por libertarme?...
 —Cuanto vos querais mandarme,
 Aunque pudiera costarme
 La vida ó la libertad.

Quiero á mi madre vengar
 En el hombre maldecido
 A quien por mi mal me he unido;
 Y mi objeto he de alcanzar
 Porque á ello estoy decidido.

—¡Ah! vos sois mi salvador!...
 Dijo Carmen con placer:
 Sois un ángel que el Señor,
 Al contemplar mi dolor
 Ha hecho aquí comparecer.

¿A don Ramiro Landía
 Conoceis?—Mucho, señora.
 —Pues él hoy mi ausencia llora,
 Porque su alma noble y pia,
 Como á hija suya me adora.

—¿Y qué quereis...?—Que corrais
 A decirle cuanto pasa:
 Que al punto acá le traigais,
 Para que de aquesta casa
 Me saque, y con él vengais.

Despues nada os faltará:
 Sereis dueño de un tesoro:
 Vuestra vida otra será,
 Pues en abundancia el oro
 Mi protector os dará.

—Esta noche á un padre tierno
 Abrazareis, jóven pura.
 Pedid en tanto al Eterno,
 Con un sentimiento interno,
 Fin ponga á vuestra amargura.—

El aliado el alimento
 Sobre la mesa dejó;
 Y del lúgubre aposento
 En el instante salió
 Sin detenerse un momento.

Mas ¡ah! llegó la noche
 Cubriendo con su manto,
 Esta mansion del llanto,
 De penas y dolor.
 Y Carmen con anhelo
 Espera el dulce instante,
 En que á su padre amante
 Conduzca á allí el Señor.

Y tierna no separa
 Los ojos de la puerta,
 Que cada rato abierta
 La juzga en su alto afan;
 Y cuenta los momentos
 Que de esperar le quedan;
 Y así las horas ruedan
 Que llegan y se van.

Mas viendo es media noche,
 Aplica ella el oído
 Por ver si escucha ruido
 Fuera de su mansion;
 Mas todo está en silencio
 E inalterable calma;
 Y siente dentro el alma
 Terrífica afliccion.

Y espera nuevamente
 Con pena dentro el pecho,
 Sentada sobre el lecho,
 Al padre de su amor.
 Mas este no parece;
 Y la infeliz suspira;
 Y á todas partes mira
 Temblando de pavor.

“¡Oh Dios!... dijo cayendo
 Al punto arrodillada:
 De esta hija infortunada,
 Ten dulce compasion.
 Tú que oyes la plegaria
 Del triste desvalido,
 Consuela mi aflijido,
 Mi amante corazon.

Permite que mi padre
 De esta prision oscura,
 Do jimo sin ventura,
 Me saque, Eterno Sér.
 Permite, sí, permite
 Me estreche entre sus brazos,
 Y al hombre haga pedazos
 Que me hace padecer.”—

Y en esto de la puerta
Corrieron los cerrojos,
Y hácia ella los sus ojos
Volvió con vivo afán.
Y viendo que ya la abren,
Hácia ella se abalanza,
Con plácida esperanza
De que á salvarla van.

Mas retrocedió al punto
Con pálido semblante,
Al ver de ella delante
Un hombre vil, feroz,
Que sin decir palabra
Ni ver de ella la pena,
Dejóla allí la cena
Y se salió veloz.

Y detras de él cetrinos
Dos hombres mas llegaron,
Que al cuarto penetraron
Llevando un atahud;
Y en medio de la pieza
Dejándolo, salieron;
Y á ella á encerrar volvieron
Sin ver la su inquietud.

— ¡Qué es esto que me pasa!...
¡Gran Dios!... qué ha sucedido!...
Sin duda me ha vendido
El carcelero, sí.
¡Ah! ya no hay esperanza...
No la hay, cielo divino...
Terrible es mi destino...
Ten, ten piedad de mí!...

¡Un atahud!... yo tiemblo!...
La muerte ¡ay! él me anuncia...
Don Pedro no renuncia
A su proyecto vil.
¡La muerte me prepara!...
Pues bien, la muerte quiero:
Que al deshonor prefiero
La muerte veces mil.—

Por vez segunda entonces
Se oyó ruido en la puerta;
Y á poco vióse abierta,
Y á un hombre al cuarto entrar;
Y Carmen asustada
Gritó: “¡don Pedro!... ¡oh cielo!...”
Y pálida cual yelo
Llegó al punto á quedar.



—Carmen bella, celestial,
No mi presencia os asuste:
Dejad el temor fatal,
Y no el mirarme os disguste,
Lleno de amor, por mi mal.

Por mi mal, sí: que á Dios plugo
Darme un alma para amaros;
Y cuando anhelo agradaros,
Vos me tomáis por verdugo
Y logro solo enojaros.

Carmen, si solo dolor
Os he causado profundo,
El mio ha sido mayor,
Al mirar que, con mi amor,
Sufrir os hago en el mundo.

Al ver que estoy obligado,
Para no morir de pena
De vos viviendo apartado,
A teneros, despiadado,
Encerrada y de ansias llena.

A pasar continuamente
Las horas tras de esa puerta,
Para observar diligente,
Si el carcelero clemente
Dejar os la quiere abierta.

A no perder ni un acento
De lo que él os hable aquí,
Por si salvar es su intento
A la mujer ¡ay de mí!
Que es mi solo pensamiento....

—¡Ah! ¿luego habeis escuchado,
Dijo Carmen asustada,
Lo que con él he tratado?....
—No he perdido, Carmen, nada
De cuanto aquí habeis hablado.

—¿Y dónde está?... Por el cielo
Decidme do está.— Señora,
Os causará desconsuelo;
Mas su alma en el cielo mora,
Y su cuerpo bajo el suelo.

—¿Le asesinasteis?... ¡Gran Dios!...
¡Ah!... ¡sois un vil asesino!...
—La culpa la teneis vos;
Ser crüel es mi destino
Mientras este no una á los dos.

—¿Yo unirme á vos?... ¡oh!... ¡apartad!...
Apartad, hombre villano:
Sangre tiene vuestra mano:
Sangre que vuestra impiedad
Hoy ha derramado en vano.

—Carmen, Carmen, la virtud
Solo por vos la he perdido;
Y en mi terrible inquietud,
A que elijais he venido
Entre mí y ese atahud.

Sí; pues mi mal os divierte
Y me tratais con rigor,
Daré dolor por dolor;
Elejid entre mi amor
Y vuestra terrible muerte.—

Y Carmen viendo serena
Al que causa su inquietud
Y al atahud que la apena,
Contestó de altivez llena,
Señalando el atahud.

—“Mirad ahí, hombre crüel,
El objeto que he elejido:
Vos que al borde me hais traído,
Abrídmelo ya atrevido,
Para sepultarme en él.

Pensábais que cederia,
Infundiéndome terror!...
¡Qué mal conoceis, señor,
El temple del alma mia...
De mi alma llena de amor!...

He perdido la salud
En esta prision oscura;
Y me ofreceis la ventura...
Ved, prefiero el atahud
A vuestra horrible ternura.

No anhela mi corazon
Mas que bajar á la tumba
Donde acaba la afliccion:
Haced ya, pues, que sucumba,
Que el sepulcro es mi eleccion.

—¿Preferís á mi amor tierno
La muerte con tal quietud?...
—Sí; vuestro amor es mi infierno,
Y puerta del cielo eterno,
Es el lúgubre atahud.

—Vuestro language me ofende
Como á un villano, señora;
Mas vuestra faz seductora
De mi rigor os defiende,
Porque mi pecho os adora.

Despertado hais mi furor
Con tanto atroz vilipendio;
Pero ha sido á él superior
De mi ardiente y puro amor,
El devorador incendio.

En vos está el que yo sea
 Un virtuoso ó un malvado:
 Un hombre vil ó un honrado:
 Un angel ó un condenado
 Que en hacer mal se recrea.

Por eso ahora decidido
 Vengo á ser lo que queráis:
 Un honrado si me amais,
 O un verdugo maldecido
 Si mi pasion despreciais.

Vengo á brindaros, señora,
 Con la vida y con la muerte:
 Con la buena y mala suerte:
 Con la dicha encantadora
 Y con el dolor mas fuerte.

—Hecha tengo mi eleccion.
 Entre mi honra y mi vida,
 Aquella es la preferida:
 La muerte no le intimida
 Al justo de corazon.

—Pensadlo bien, Carmen bella.
 —Pensado lo tengo ha mucho,
 Y desprecio esa querella
 Que de vuestra boca escucho,
 Porque me insultais con ella.

—Veo es mi afan infinito
 Para salvaros, en vano,
 Cuando ese Dios soberano
 Tiene por su propia mano,
 Vuestro fin, Carmen, escrito.

En buena hora vuestro pecho
 Elija la tumba triste
 Al nupcial y rico lecho,
 Y mi enojo y mi despecho
 A cuanto amor en mí ecsiste.

En buena hora, sí; que ya
 No iré tras de vuestro amor
 Como un necio sin honor:
 Desde hoy mi alma os pagará
 Vuestro furor, con furor.

Sí, Carmen: de aquí á un momento
 He de venir á saber
 Vuestro último parecer.
 A daros un fin saugriento
 O á llenaros de placer.

Reflecsionadlo, señora,
 Mientras vuelvo á hablar con vos.—
 Y salió sin mas demora

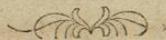
De la prision do ella mora
Y do ruela tierna á Dios.



Mas no bien salió del cuarto
Desesperado, don Pedro,
Quando se halló con un indio
Que aguardaba con un pliego.

—¿Qué hay, José? le preguntó.
—Señor, á entregaros vengo
Esta carta del teniente
Don Severiano Romero.

—¡Ah! ¿es de Puebla?—Sí señor.
—A ver; dámela al momento.
Y abriéndola vió que estaba
Concebida en estos términos.



“Señor D. Pedro: El no haber recibido con oportunidad la carta de vd. donde me daba vd. las señas particulares de don Cárlos, ha sido la causa de que este jóven pintor, no haya perecido en el camino, como vd. me ordena, pues él pasó un dia antes de que la carta á que me refiero me fuera entregada, y probablemente debe haber llegado ya á esa capital.

Mucho siento este contratiempo; pero deseo que vd. quede íntimamente persuadido, de que la culpa no ha sido mia; pues mi mayor satisfaccion se cifra en dejar cumplidos los deseos de vd., á quien debo todo cuanto tengo y cuanto soy.”

SEVERIANO ROMERO.



La rabia se vió pintada
En el rostro de don Pedro,
La esperanza al ver fallida
Que conservaba en su pecho.

—A ese hombre le favorece
Seguramente el infierno,
Esclamó al fin; pues se burla
De mis mejores proyectos.

Pero yo haré que perezca:
Yo haré, sí, que por mas tiempo
No se sustraiga á mi furia
Y que muera sin remedio.”—

Esta noticia fué á Carmen
Favorable y de provecho,
Pues hizo que se olvidara
De ella un instante don Pedro.

Don Pedro que ardiendo en ira
Corrió en el mismo momento,
A casa de don Ramiro
Por saber si estaba en Méjico

Don Carlos, á quien odiaba;
Y sin pérdida de tiempo,
Mandando poner el coche,
Partió á San Cosme ligero.



PARTE OCTAVA.



AVENTURAS.



Pero si queda vencido,
Arbitro entonces seré,
Del sello de vuestras caras,
Del grillo de vuestros pies.

GERARDO LOBO.

